



## RITMO, TEMPERATURA, MÚSICA

**Autor:** Pere Cabezudo Franquet

—¿Qué es lo que caracteriza la obra de un escritor? ¿Qué es lo que la diferencia de la obra de otros escritores? Me refiero a si tiene algo que pueda compararse a un ritmo especial, una música —dijo una de las jubiladas que se habían apuntado al curso de narrativa.

—Si es así —añadió—. ¿No se perdería esto con la traducción? ¿Podemos los lectores en lengua castellana captar, disfrutar de la obra de Balzac?, por poner un ejemplo. Quiero decir disfrutar plenamente.

—Por no hablar de la poesía —dijo la compañera que estaba sentada al lado.

—Dejemos al margen la poesía —intervino P, el profesor—. Sólo decir que os fijéis en que desde hace unos años las mejores ediciones de poetas en otras lenguas siempre son bilingües.

—Pero sí —continuó—. Podemos considerar que lo que caracteriza a cada escritor es el ritmo, la música. Incluso podríamos llamarlo la temperatura del texto. En este sentido Balzac quizá no sea el escritor más adecuado como ejemplo para la cuestión que estamos tratando. Nos irían mejor Flaubert, Proust, o muchos otros.

—Temperatura le confiere un significado más sexual —dijo el publicista, otro de los alumnos.

—Pues dejémoslo en ritmo y música —respondió P.

—Y de esta manera, ¿no queda demasiado musical? —preguntó H, alumno también.

El publicista y H tenían puntos de vista divergentes. Cada intervención de uno de ellos iba casi siempre acompañada de la intervención del otro en sentido contrario.

—Sí, por esto decía lo de temperatura —respondió P—. Pero es que la música quizás sea el arte que soporte una comparación más profunda con la literatura. De hecho, ambas tienen un lenguaje propio, aunque en el caso de la música es un tema que sigue discutiéndose, si la música es un lenguaje con sintaxis y significados. Si el lenguaje musical tiene una base natural o únicamente histórica. Pero vayamos a lo concreto.

—Sabe de todo —susurró con admiración la historiadora del arte a H—. Y lo explica tan bien.

—Cada escritor tiene un ritmo particular, una forma de escribir que lo caracteriza y lo diferencia del resto de escritores —continuó P—. Supongo que vosotros, si tenéis un escritor del que conocéis bien la obra, cuando leéis algo nuevo de él sois capaces de reconocerlo, de reconocer su estilo, la forma en que trata los diálogos, la forma en que...



El primer día del curso P se había dirigido a la clase explicando que durante unos años, antes de conseguir publicar, se presentaba a todos los concursos que podía imitando el estilo de los autores que estaban de moda para intentar ganar algún premio, “imprescindible en la práctica”, había dicho, para adquirir un currículum con el que presentarse a las editoriales.

—Con estilo me refiero a algo más amplio —añadió P—. Algo que aúna desde la temática y la forma de abordarla, al ritmo. El ritmo es algo más sutil, se refiere a la cadencia interna que hace que, entre otras cosas, cada lectura transcurra a una velocidad determinada. Claro que esto nos obligaría a hablar más a fondo del papel del lector en el proceso de lectura, algo que ya vimos por encima el segundo día de clase.

La cara de algunos alumnos mostraba desasosiego. Muchos empezaban a desconectar. Uno de los jubilados tenía los ojos cerrados, aunque lo hacía de manera habitual y no era para concentrarse. H, sentado frente a él, esperaba que en cualquier momento se pusiera a roncar.

—Yo creo que la inmensa mayoría de lectores no se plantea estas cosas —dijo el publicista—. De hecho, yo no me planteo escribir para alguien que tenga unas expectativas tan profundas. Lo único que pretendo es que el posible lector pase un rato divertido. Las campañas publicitarias buscan la diversión, la sorpresa, la agudeza. Un grado de complicidad. Pero yo creo que hay que huir de la profundidad. No vamos a vender un millón de lavavajillas con análisis sutiles y profundos.

—Pero un libro de relatos, o un cuento, no son un lavavajillas —dijo la historiadora del arte.

—Es un producto, un producto que alguien tiene que consumir —apuntó el publicista—. ¿Qué creéis? ¿Qué a nuestra edad y sin haber escrito nunca nada vamos a escribir una obra maestra de la literatura?

—No hace falta escribir una obra maestra. Simplemente escribir algo digno. Algo que sea capaz de emocionar a alguien, de la misma manera que nosotros podemos emocionarnos cuando leemos algo —dijo alguien.

Se oyeron murmullos de aprobación.

El publicista hizo un ademán de suficiencia. La expresión de su cara parecía indicar que creía hallarse rodeado de incautos.

Si el ritmo es esta especie de cadencia interna que hace que, entre otras cosas, cada lectura transcurra a una velocidad determinada. ¿Cuál es el ritmo que debería tener un relato que hablara sobre el ritmo?

¿Debería alternar párrafos largos y cortos para evidenciar la diferencia? ¿Párrafos con acentos muy juntos y párrafos con acentos distanciados, según decía la teoría? ¿O marcar el ritmo dejando de lado la métrica e incidiendo en el aspecto discursivo del texto?



La polémica creada por el publicista crecía. El resto de alumnos estaba en desacuerdo con lo que había dicho, aunque los argumentos en su contra no pasaban del ámbito de la buena voluntad.

H se aburría.

Desconectó.

Se puso a reflexionar sobre el ritmo. Era un tema que le preocupaba. Sabía lo que quería conseguir con sus escritos, pero no sabía definirlo. El ritmo era esencial, de esto estaba seguro. Se imaginaba leyendo sus relatos de una manera determinada. Pero ¿y si los hipotéticos lectores lo leyeran de otra manera?, ¿si no lo tararearan de la forma que él tenía prevista? ¿Podía obligarles a leerlo como él quería? ¿Se conseguía con la puntuación, además de con la longitud de las frases? ¿Consistía en esto el dominio del oficio por parte del escritor?

H volvió a prestar atención a la clase. Continuaba la discusión sobre las obras literarias como producto, como mercancía.